

pero atendida la ceguedad é ignorancia de los tiempos, en que se celebraba la Academia Carolina, antes que mover á risa, causa admiracion solo el que supiesen gustar de Horacio y de Homero, quanto mas que leyesen sus obras, y diesen cuenta de ellas. Pero lo cierto es que la adopcion de los nombres de los autores antiguos, la lectura privada, la mutua conferencia de sus obras, y casi toda la relacion de Daniel no está fundada en testimonio alguno de escritores coetaneos, como lo hace ver el editor de las obras de Launoy (a). Es verdad que Mabillon en la vida de Alcuino (b) dice, que éste acostumbraba dar nombre á sus discipulos, y asi llamó Mauro á su discipulo Rabano; pero no dice que los nombres fuesen de autores, ni que cada uno se aplicáse á leer las obras del autor cuyo nombre habia escogido. Y en efecto ¿qué autores ha habido jamás llamados Mauro ni Dameta, para que pudiesen leerse sus obras? Pero sin embargo no puede dudarse que hu-

(a) Pref. ad tom. III. (b) *Annal. Bened. sæc. IV.*

hubo una Academia en el palacio de Carlo-Magno, y que se trataba en ella, no solo de las buenas artes, sino tambien de los estudios sérios y teológicos; puesto que sabemos que en la escuela de aquel palacio fue examinada la obra de Claudio Turinense acerca del culto de las Imagenes.

El cuidado de este gran Rey en promover las letras no se reduxo á dar un albergue en su propio palacio á las errantes y fugitivas Musas; sino que tambien las preparó muchos alojamientos en todos sus estados, para que se hicieran familiares y domésticas á sus subditos. ¿Qué empeñado no se manifiesta el zeloso Principe en sus cartas y en los capitulares, á fin de que hubiese escuelas y maestros para la mayor comodidad de la juventud estudiosa, y de que los Clerigos y Monges pudiesen unir á lo exemplar de la vida, y á la pureza de religion el ornato de la erudicion y doctrina? Obras son de su zelo la escuela de Fulda, la de Metz y algunas otras en los más famosos monasterios. Su fino juicio le hacía desear que al estudio de la lengua lati-

Fundacion  
de escuelas.

tina se juntase el de la griega, y para ello pensó fundar escuelas en la Iglesia de Os-nabruck; pero como dice Alberto Crantz (a), impidieron este establecimiento lo reciente del christianismo y las rebeliones de Saxonia. Alcuino era, por decirlo así, el Prefecto general de los estudios de todo el Imperio, y Carlo-Magno le daba toda la autoridad, y le suministraba todo genero de auxilios. Teodolfo era célebre en Italia por la fama de su doctrina, y Carlos le llamó á Francia para dar mayor actividad á las letras, que parece empezaban á tomar alguna especie de vigor. Era Eginardo un hombre culto y de ingenio, y Carlos hizo de él un ministro de estado. No habia especie de fineza y de honor que no dispensase con larga mano á los literatos; y promovia y respetaba la sabiduria en qualquier parte que la encontrase.

Escaso fruto de la proteccion de Carlo-Magno. Con tantos esfuerzos del zelo de Carlo-Magno parece que hacia algun movimiento la amortiguada literatura, y algunos han lle-

(a) Lib. I *Metropolis* c. II.

llegado á pensar que el principio de la renovacion de las ciencias, y su restablecimiento en Occidente, deba referirse á la época gloriosa de aquel Principe. Pero por mas que su ardor en promover los estudios decaidos fuese muy capaz de producir el deseado efecto, la universal ignorancia y rusticidad, en que estaba envuelta toda Europa, sufocó desde el principio los frutos de sus sabios trabajos. Alcuino, Eginardo, Teodolfo, Paulino de Aquileya, Paulo Dácono y todos los sabios de aquellos tiempos, que han dexado algun nombre de eruditos, se habian formado por sí mismos, antes de poderse aprovechar de los laudables establecimientos de este pretendido restaurador de las letras. Apenas puede decirse que se vió algun fruto de los sudores de Carlo-Magno en Rabano Mauro, en Lupo de Ferrieres, en Incmaro de Reims y en otros poquissimos discipulos de aquellas escuelas. Al contrario algunos años despues de la muerte de este Monarca, se ven puestos en olvido sus establecimientos, y por todas partes se oyen las quejas de la deca-

dencia y ruina de los estudios. Casi no habian pasado diez años, quando Lotario en el famoso decreto publicado por Muratori (a), en que provee de escuelas al Reyno de Italia, se lamenta de la entera pérdida y extincion de la doctrina: *De doctrina vero (dice) quæ ob nimiam incuriam atque ignaviam quorumque præpositorum cunctis in locis est funditus extincta*. Pocos años despues el Concilio de Paris encarga con varias instancias al Emperador Ludovico Pio, que procure proteger los estudios para que sus fatigas y las de su Padre no lleguen á perecer enteramente: *Obnixè ac suppliciter* (son palabras de aquel respetable congreso), *vestræ celsitudini suggerimus, ut morem paternum sequentes saltem in tribus congruentissimis imperii vestri locis scholæ publicæ ex vestra autoritate fiant, ne labor patris vestri, & vester per incuriam, quod absit, labefactando non pereat*. Son amargas las quejas que por aquellos mismos tiempos escribia Lupo de Ferrieres á Egi-

(a) Dissert. XLIII.

nardo sobre el abatimiento y desprecio en que habian caido las buenas artes: *E grammatica ad rhetoricam, & deinceps ordine ad cæteras disciplinas liberales transire hoc tempore fabula est*. Y en la Carta XXXIV escribe: *Nunc litterarum studiis pœne obsoletis, quotusquisque inveniri possit, qui de magistrorum imperitia, librorum penuria, otii denique inopiæ merito non queratur?* Assi que el siglo IX, en vez de aprovecharse de los gloriosos trabajos de Carlo-Magno y de sus compañeros en promover las letras, iba formando las tinieblas en que se sumergió el infeliz siglo X, hecho famoso por su misma obscuridad, y por la barbarie é ignorancia en que yacia.

Pero ¿cómo quedaron disipados é inútiles los cuidados de un Principe tan grande? Siendo amado, como lo era, de sus pueblos, respetado de los extrangeros, y lleno de tanto poder y de tan soberana autoridad, dedicandose por sí mismo, valiendose de las personas mas doctas, y procurando en todo los medios mas propios para cultivar y hacer florecer las letras, pa-

Investigacion de las razones de la escasez.

recia que con razon podia esperarse todo buen exito de sus utiles empresas; pero vemos al contrario que quedaron burladas, y desaparecieron como el humo aquellas bien fundadas esperanzas. Crece la admiracion al ver que este zelo por el honor de las letras no ha sido una llama pasagera encendida por un capricho de Carlo-Magno, y luego apagada por sus sucesores, sino antes bien un fuego permanente que en tiempo de sus descendientes continuó en arder por muchos años con igual viveza, y sin algun aumento. Ludovico Pio, Lotario y mucho mas Carlos el Calvo dieron, en casi todo aquel siglo, evidentes pruebas del ardor que animaba al trono imperial por el adelantamiento de la literatura. Los Papas y los Concilios estaban poseidos del mismo espiritu, y se valian de los medios posibles para promover en todas partes la cultura de las letras. Vemos al principio del siglo IX mandar severamente Eugenio II en un Concilio Romano, que se hicieran las mayores diligencias, no solo en las Iglesias Episcopales, sino tambien en las

Par-

Parroquiales, y donde fuese menester, para que se señalasen maestros de letras y artes liberales, y de sagrados dogmas. Viendo que producía poco fruto esta constitucion del Pontifice y del Concilio, en otro que se celebró á mitad de aquel siglo dispuso Leon IV, que en las Parroquias donde no hubiese maestros de las artes liberales, no faltasen á lo menos de las Sagradas Escrituras y de los Oficios Divinos. Pero sin embargo de tantos cuidados de los Emperadores, de los Papas y de los Concilios, quedaron aun en el mismo adormecimiento las letras, ó antes bien se vieron caer de dia en dia en mas profundo letargo. Porque si antes se habian oido barbarismos en el idioma latino, entonces hubo tal avenida, que inundó toda especie de escritos, y se podia tener como cosa muy rara el encontrar una clausula sin yerros gramaticales. En el siglo antecedente se habia oido cantar á la poesia en boca de Paulino, de Teodulfo, de Alcuino y de varios otros, versos á la verdad incultos y agenos de la elegancia de los felices tiempos; pero que sin

em-

embargo conservaban alguna sombra de metro y latinidad. Despues fue decayendo mas y mas la poesía; se oyeron ya pocos poetas, y estos pocos apenas podian hacer que se distinguiesen sus versos de la prosa comun. La sana crítica y la buena filosofía fueron del todo desterradas; y los estudios sagrados quedaron en un total abandono. En el principio de la obra que escribió Reginón de la disciplina eclesiástica se lee la fórmula de los examenes, que debian hacer los Obispos en todas sus diocesis, y en quanto á los Sacerdotes estaba propuesta en estos terminos: *Si Evangelium, & Epistolam bene legere possit, atque saltem ad litteram ejus sensum manifestare. Item: si sermonem Athanasii de fide Santissimæ Trinitatis memoriter teneat, & sensum ejus intelligat, & enuntiare sciat, &c.* De cuyas palabras infiere Balucio: *Ea erat sæculi infelicitas, ut necesse esset Presbyteros ab Episcopis interrogari, utrum bene legere nossent.* Y añade que en tiempo de Carlos el Calvo un tal Gislemaro, propuesto para el Arzobispado de Reims, leía

su-

suficientemente el texto del Evangelio, pero no podía entender palabra alguna. Así quedaron burlados los cuidados y fatigas de tan ilustres personajes: y las ciencias protegidas con tanto empeño, en vez de adquirir esplendor, cayeron en la obscuridad mas deplorable. Este es uno de los extraños fenómenos, y mas difíciles de explicar, que presenta á un atento filósofo el examen de la literatura.

Pero yo no encuentro otra razon de esta que parece extravagancia del entendimiento humano, sino las reducidas y poco exactas ideas que tenian de la literatura aquellos mismos que la querian restablecer. Porque en efecto el Emperador, Alcuino, Teodulfo y quantos se aplicaban á la reforma de los estudios no tenian otro objeto que el servicio de la Iglesia, ni aspiraban tanto á formar literatos de merito, quanto á educar buenos eclesiásticos. De aqui resultó que aquellas grandes escuelas promovidas con tanto empeño, servían para poco mas que para enseñar la gramática y el canto eclesiástico. Bien sabido es

Razones de la escasez.

lo

lo que refiere el Monge de Angulema sobre el importante negocio de Carlo-Magno de reformar las letras en Francia. Pidió Carlos al Papa Adriano algunos cantores para que fuesen á Francia á corregir el canto. Adriano envió á Theodoro y á Benedicto, que estaban instruidos en la doctrina de San Gregorio, y regaló al Emperador los Antifonarios apostillados por la misma mano de aquel Santo Pontifice. Provisto Carlos de tan esclarecidos maestros destinó uno á Metz, y otro á Soissons, mandando á todos los Eclesiásticos, que enviasen á dichas Ciudades los Antifonarios, y pasasen ellos mismos para aprender el canto. Traxo tambien de Roma maestros de gramática y del arte de computar, é hizo que se esparciese por todas partes el estudio de las letras. *Ante ipsum enim dominum Carolum Regem* (añade el Monge) *in Gallia nullum fuerat studium liberalium artium*; como si con introducir Carlos el canto, la gramática y el cómputo, y con hacer corregir los Antifonarios se hubiese difundido por el Reyno el estudio de las

ar-

artes liberales. El mismo Carlos en el lib. I. de los Capitulares restringe todos sus cuidados por las letras á estos puntos: *ut scholæ legentium puerorum fiant, psalmos, notas, cantus, computum, grammaticam per singula Monasteria, & Episcopia discant.* Es verdad que en la Iglesia de Osnabruck se quiso erigir con particular privilegio, amás de la escuela de lengua latina, otra de la griega; pero este pensamiento, como se ha dicho arriba, no llegó á ponerse en execucion. Y no se puede dudar que si en algunas escuelas se promovia el estudio de las artes liberales, solo era con el fin de facilitar la inteligencia de los estudios sagrados. Asi lo dice el mismo Carlos en una carta á Baugulfo Abad de Fulda, en la que después de haberle advertido algunos yerros gramaticales, que se encontraban en los escritos que le dirigian los Monasterios, y hechole presente los daños que de ello podian originarse, prosigue: *Quamobrem hortamur vos litterarum studia non negligere, verum etiam humillima, & Deo placita intentione ad hoc certatim discere, ut facilius*